

Los dos discípulos se volvían a casa, desilusionados, abatidos y cabizbajos. Ellos estaban saliendo de la Iglesia. No sabemos mucho acerca de Cleofás y su compañero sin nombre, pero Lucas en su Evangelio insinúa con toda claridad cómo se sentían: abatidos y oprimidos. El Jesús que ellos habían llegado a conocer, en el cual habían puesto todas sus esperanzas, y que esperaban mucho de él, este había sido arrestado, condenado a muerte y crucificado por los romanos. Todo estaba como lo había sido antes.

Jesús se encuentra con los dos hombres, pero ellos no lo reconocieron. ¿Qué hace Él? Primero escucha sus tristes historias. Él establece una relación de confianza con ellos. Jesús no los critica o contradice sus sentimientos o sus experiencias. Él se centra dentro del sentido de frustración de ellos. Él comparte con ellos sus sentimientos. Él está dispuesto a estar en donde ellos están. Jesús sabe muy bien, por su propia experiencia, en dónde están los corazones de estos dos hombres. Él sabe por experiencia lo que es la desesperación humana. Él sabe lo que es la muerte y la tumba; él sabe lo que significa ser mortal. Cleofás y su amigo gradualmente comienzan a percibir que aquel desconocido, no era un desconocido después de todo. Él los comprendía demasiado bien como para seguir manteniéndose como un extraño para ellos, por más tiempo. Ellos vieron que este hombre no les iba a ofrecerles fáciles palabras de consuelo—como citarles "versículos de prueba" en los pasajes de la Biblia, y deslumbrarlos con la doctrina oficial que acreditara su argumento. Nó, este acompañante habló de sus propias experiencias, de sus propias convicciones.

¿Qué es lo que Jesús les dice? De ningún modo que la muerte y la disolución de la vida son irreales. Ni que sus ansias por la libertad es irreal. Jesús les habla con sencillez, pero con convicción, que ese Jesús en quién ellos habían puesto todas sus esperanzas, el Jesús que en realidad estaba muerto y sepultado, que este mismo Jesús está vivo como lo habían predicho los antiguos profetas. Él les dice: para Jesús a quien ellos habían admirado tanto, la muerte y la disolución se han convertido en un camino a la liberación. Y a medida que les hablaba, con sus palabras desde el fondo de su corazón y de sus convicciones, los dos viajeros sintieron en el más profundo centro de ellos mismos, no solo la verdad de lo que su compañero de viaje les estaba diciendo, pero que su fe, su verdad, su camino, y su vida puede llegar a ser el propio camino de ellos también.

A medida que Jesús estaba hablando con ellos, ellos experimentaron en sus corazones algo nuevo. Era como si sus corazones ardían con una llama que no vino de fuera de sí mismos, sino desde dentro de ellos. Jesús había encendido

en ellos algo que por lo cual ellos no tenían palabras, pero que era tan auténtico, tan real, que superó sus depresiones. Sus corazones ardientes revelaron a Cleofas y su amigo algo completamente nuevo. En el centro de sus seres, algo fue engendrado que podría desarmar a la muerte, y sacarle el poder a la desesperación; una nueva confianza o una nueva alegría de vivir.

Cuando los tres hombres llegan a Emaús, tanto había sucedido entre ellos que los dos compañeros no estaban dispuestos a dejar ir al forastero. Entre ellos y Jesús había surgido un vínculo que les había dado algo nuevo y entonces ellos invitaron a este forastero: "quédate con nosotros."

Cuando Jesús aceptó la invitación a quedarse con ellos, entraron a una posada para compartir una cena. Cuando se sentaron a comer, Jesús tomó el pan, dijo la bendición sobre este, lo parte y se lo ofrece a ellos. Y mientras hace esto, súbitamente ellos saben y con una certeza inquebrantable de que este "extraño" es Jesús, el mismo Jesús que había sido condenado a muerte, y que fue puesto en un sepulcro. Pero en ese preciso momento que se les abrieron los ojos, Jesús se vuelve físicamente invisible para ellos.

En el momento que Cleofás y su compañero reconocieron a Jesús al partir el pan, la presencia corporal de Jesús ya no se requería como condición para sus nuevas esperanzas. El vínculo entre ellos y el forastero había llegado a ser tan íntima que todo lo extraño sobre él desaparece. Tan cerca había llegado ser, que ya no se necesitaba una manifestación corporal con el fin de tener esperanza. Ellos se dieron cuenta que la nueva vida nacida en ellos es una vida y Espíritu, la cual se quedará con ellos y les dará la fuerza para regresar a Jerusalén y decirles a la otra gente del porqué de "que todo ha terminado", no es cierto. Y es por esto que Lucas nos relata en su Evangelio, que se fueron en seguida a decirle a los otros amigos acerca de su experiencia con Jesús. Cleofás y su compañero ahora se convirtieron en "evangelizadores", "apóstoles", y "discípulos intencionales." Su historia es ahora nuestra historia. En cada Misa Jesús camina con nosotros a través de sus palabras en las Escrituras y cuando se parte el pan y se comparte el cáliz de su Cuerpo y Sangre. El relato de Emaús se convierte en nuestra misión de como nosotros somos enviados desde aquí, a nuestro cónyuge, hijos, amigos, compañeros de trabajo, y de cualquiera persona en busca de un sentido en la vida, de cualquiera de ellos que estén heridos, o perdidos como "apóstoles", "evangelistas", y "discípulos intencionales." ¿Para quién Dios me está enviando como un "compañero en el viaje"?

Padre Jim Secora

